

luego no se cita en ningún documento ni libro. En el momento de la muerte de Nuévalos, si no en el lugar de los hechos sí muy próximos al mismo había otras dos personas, naturales de Los Cojos, que también habían ido a coger esparto ese día. Se trataba de un padre y de un hijo (de ahí sus huellas, y no las de Ruiz y su mujer), y que también habían llevado una borriquilla semejante a la de Ruiz. Eran Ricardo García Descalzo y su hijo Daniel García García. El padre había dejado al hijo a cargo de la borriquilla mientras él recogía esparto, justamente en el espacio circular y sin vegetación de una carbonera, en la loma de la rambla coincidente con la de Ginesitos. En ese momento fue cuando se oyeron los disparos. Ellos no los presenciaron, pero el hijo sí que vio cómo cuatro guerrilleros transportaban al muerto hasta cerca del lugar donde estaba custodiando a la modesta caballería, en tanto que un quinto recorría la loma que separa ambas ramblas en misión de vigilancia. Sería este guerrillero quien descubriese al chiquillo y le ordenase que se marchara volando. Entre otras valoraciones el padre era el suegro de uno de los recién incorporados al monte y a esa unidad, de "Canuto". El chiquillo obedeció al guerrillero, escondiéndose en una mata de pinar cercano con más que miedo en su cuerpo. El padre, ya sin los guerrilleros a la vista, no tardaría en regresar asustado por los



disparos y llamando a gritos a su hijo. Al no aparecer, se temió lo peor. Lo buscó por las cercanías, pero lo que llegó a ver fue el cuerpo de Nuévalos depositado por los guerrilleros en un entrante de esta nueva rambla. La impresión fue tremenda, pero al tiempo le supuso una cierta tranquilidad, no se trataba de su hijo. Y así, cuando al rato se reencontró con él en la carbonera, entonces recuperó la inquietante calma. Rápidamente los dos vecinos de Los Cojos se volvieron a la aldea. El tema era más que delicado. Las indagaciones y detenciones se llevarían a cabo de forma inmediata. El cuartel de Los Isidros se iría llenando de gente detenida. Algunos pasarían a la cárcel, a otros se les dejaría en libertad. Fue la esposa de Ricardo García, de carácter e inteligencia natural sorprendentes, la que halló la solución para que su marido no se viese implicado, aún así tuvo que pasar una noche en el cuartel. Ideó que se hallaba enfermo, lo cual era cierto a causa de la impresión de lo sucedido, y por tal motivo se metió en la cama. Para su curación, indicando que llevaba así unos cuantos días, recurrió a la ayuda de una mujer del pueblo muy significativa en el ámbito de lo que se llamaría la derecha local, con oficios también de curandera, la señora Juliana, y por ello cuando lo detuvieron para saber dónde había pasado el día de la muerte de Nuévalos, pudo decir que estaba en la cama desde hacía varios días, y la señora Juliana podía confirmarlo, como así fue. Y, que yo sepa, hasta el día de hoy, no se conocía este nuevo testimonio, que aquí ofrecemos gracias a su narración por un familiar directo.

Justo Cuéllar